960

LUNA

961

LUNA

SUMARIO

AURELIO ROMEO	S I E S T A
PABLO DE LA FUENTE	L O S A L E M A N E S
SANTIAGO ONTAÑON	RECUERDOS ESTUPIDOS
EDMUNDO BARBERO	L O S C R I T I C O S
TRADUCCION DE JULIO ROMEO	LA PRINCESA ESTRELLA RADIANTE
ARTURO SERRANO PLAJA	UN ESPAÑOL EN AMERICA

CUADERNO DE POESIA: SONETOS DE LOPE DE VEGA

NOTAS DE LECTURA, por J. CAMPOS

Portada e Ilustraciones de ONTAÑON

Año II — Noche del 5 al 6 Mayo 1940 — Num 24

962

Siesta

CON el último tiento a la bota dió fin al parco yantar. Un gruñido de estomago satisfechó salió de las profundidades de su cuerpo cuando se pasó el dorso de la mano por la boca de asperos labios. La gota de vino que había estado temblando en la barba mal afeitada, dejó su huella húmeda en la piel polvorienta y escamosa. Aun volvió a repetir el ademan antes de dirigir la mirada en torno suyo. Las caballerias apenas si se habían separado unos pasos de donde quedaron despues de la labor de la mañana. Metido el hocico en los sacos de la paja colgados de la cabeza, tenían que imprimir bruscos balanceos para que el ya escaso pienso pudiera ser alcanzado.

El, se levantó con pereza dirigiendose a la orilla del riachuelo, escogió un lugar a su gusto y con movimientos de lagarto se fué tendiendo y buscando el punto mas cómodo, a la sombra menguada de unos matojos, para descansar la cabeza. El resto del cuerpo recibía a plomo todo el calor del sol de mediodia.

Ella, terminaba de atar las puntas del pañuelo que encerraba los restos de la comida que habrían de servir para la merienda. Con un golpecito suave comprobó que la bota estaba vacía y junto con el pañuelo la colgó del mango de la azada. Lentamente se acercó. Tambien ella buscó acomodo. No hablaban. El conservaba todavía el regusto del vino aspero y negro, ella acariciabase los labios secos con la punta de la lengua. Alguna codorniz alzaba el vuelo de entre los surcos y el batir de sus alas era casi el único sonido que alteraba la calma bochornosa del paisaje. Del arroyo subian vahos ondulados que hacian temblar los chopos de las riberas. A veces la campanilla de apagado acento de la collera de las mulas hacía estremecer el curso

del agua que respondía a la llamada saltando de piedra en piedra.

Alzó él los brazos y los pasó, después, por debajo de la cabeza haciendola apoyarse en los antebrazos. Ella le miraba silenciosa mientras acariciaba con la mano, extendido el brazo, la escasa hierba junto al arroyo. Arrancó una brizna y pareció hallar gran entretenimiento en dibujarse con ella los contornos de la boca. Y sin embargo, era la misma operación que se repetía diariamente. Dejó escapar una risita ahogada. Volvió él la cabeza, la contempló unos instantes y sin decir palabra recobró su postura. Tambien ella le miró, riendole los ojos, con la brizna de hierba sujeta entre los dientes, los labios entreabiertos.

Se estiró él todo cuanto pudo, hincando los talones en la tierra reseca y tras el esfuerzo quedó inmovil. Comenzaba a no encontrarse tan dueño de sí mismo como la cabeza, protegida por la sombra, quería. A través de las ropas de trabajo se le iba filtrando el sol maligno e inquieto a pesar de su aplomada serenidad. Comenzaba la lucha entre la cabeza y el gusto del reposo y los demás sentidos. Iba enervandole el calor y sentía como se iba apoderando de él un cosquilleo progresivo y agradable. Bruscamente se volvió de costado dando la espalda a su compañera pero el reflejo del sol en la tierra le molestaba. Giró en redondo. Ella habia reanudado la caricia de la hierba, medio incorporada con las piernas dobladas y recogidas bajo el cuerpo, apoyada en una mano y mostrando la curva interior del brazo, fuerte, moreno. La postura destacaba el pecho aprisionado por la blusa tirante.

El se rebullía inquieto y acabó por sacar de la faja el pañuelo y cubrirse la cara con él. Aun se acentuó mas la sonrisa en los labios de ella. A gatas se apartó un poco del lugar sin dejar de mirarle, hasta llegar al borde del agua. De bruces en el suelo, un brazo doblado recogiendose un pecho con la mano, hundió la otra en la corriente. De rato en rato miraba de reojo hacia atrás. El dormía en apariencia pero su respiración no tenía la normalidad del sueño. Un aleteo agitado fué el pretexto.

Con una blasfemia se enderezó hasta quedar sentado. El pañuelo resbaló hasta quedar sobre sus piernas. Ella, pareció no advertirlo, pero con estudiada lentitud alzó una pierna haciendo jugar la rodilla, y la volvió a dejar caer. Repitió la operación y esta vez mantuvo en tensión la pierna doblada alcanzando casi a tocarse el cuerpo. El sacó la petaca y lió un cigarro con calma, sin separar los ojos de aquella carne. Con la primera bocanada de humo respiró tan exageradamente que e-

lla no tuvo mas remedio que volver la cabeza. Ninguno quería ser el primero en hablar. Fué ella la que rompió el silencio tan prolongado:

-Hace calor, ¿verdad? Aquí, a la vera del agua está mas agradecido. ¿Por qué no te arrimas?

-Si, hoy es grande la calor. No me deja dormir. Ahora que me fume el cigarro veré...

-Sí, la calor no te deja dormir...¿Quieres que te moje el pañuelo y tendrás mas fresco?

Mas como no hizo ella señal de levantarse sino que extendió los dos brazos esperando que él la arrojase el pañuelo, no tenía las manos juntas, muy separadas una de otra, las palmas vueltas hacia arriba, la blusa escotada, dando vueltas con la lengua a la brizna de hierba que aun conservaba entre los dientes, hizo él una pelota y la lanzó. Pero quedó a medio camino. Durante unos segundos se miraron fijamente. Luego, sin levantarse, los dos a la vez, acortaron las distancias hasta quedar con las caras casi juntas, sujetando cada uno una punta del pañuelo. Tiraba él hacia sí y ella dejaba hacer oponiendo pequeña resistencia hasta que él, proyectado el brazo al máximo hacia atrás no pudo seguir tirando. Entonces, ella, con un rápido movimiento rescató el pañuelo que de nuevo quedó entre los dos. Avanzó él la mano y ella lo fué retirando poco a poco obligandole a acercarse. Ahora estaban los dos a pleno sol. Los sentidos vencían a la cabeza.

-Voy a mojar el pañuelo.

Inició el movimiento pero él no la dejó terminar. La cogió por la muñeca y la sentó a su lado.

-¿No quieres que lo moje?

-Dejalo ahora. ¿Qué te pasa esta tarde que no puedes estarte quieta?

-¿A mí? Nada. Eres tú quien no puede dormir con la calor, y rió suavemente.- Yo estoy como todos los dias, vamos digo yo.

-Puede ser, es que hoy calienta mas que otros dias. Mirame derecho a la cara.

Alzó ella la cabeza, medio cerró los ojos y aproximándose todo cuanto pudo se sometió a su examen. Al cabo, con un movimiento de los labios levantó la brizna de hierba haciendola rozarle el pómulo. De un manotazo se la arrebató y la mordió a su vez.

-¿Y ahora qué? Intentó hacer con ella lo mismo que ella hiciera con él pero se le escapaba de su alcance. Ya no sonreía, reía francamente.

Las caballerias alzaron las orejas al tiempo que se daban

vuelta atraidas por la risa. Las campanillas sonaron con mas fuerza y los saltos del agua se hicieron mas perceptibles.

-Suelta, que te moje el pañuelo. Eso te hará bien.

Aflojó él la presa y escapó ella hacia el riachuelo. Se inclinó sobre el agua y metió en ella el pañuelo. Ahora tenía levantadas las dos piernas, mostrando las pantorillas desnudas, tostadas por el sol y el aire.

Llegó junto a ella y, muy juntos, estuvieron un rato absortos siguiendo los vaivenes de la tela arrastrada por la corriente que pugnaba por arrancarla de la mano de ella. Aquél subir y bajar, retorcerse ante la caricia del agua, se les fué entrando poco a poco por los caños de los huesos.

-¿No te dije que no vinieras hoy, que llevaba atrasada la labor?

-Sí, pero tambien allá abajo, en el pueblo hacía mucha calor y aquí refresca mas.

-No sé. Yo ahora siento como si tuviera todo el sol metido dentro de mí y al mismo tiempo todos los culebreos del agua.

-Ya te pasará ahora cuando te ponga el pañuelo mojado sobre la cara. Anda, ya está bien.

Allí mismo junto a la orilla se tumbó él de espaldas apoyada la cabeza en las palmas de las manos formando un lecho con los dedos entrelazados. Ella, de pié, sacudía el pañuelo. Al fin se arrodilló, le tapó la cara y por encima de la tela le besó en los labios perfectamente modelados por el tejido mojado. Los brazos de él se cerraron aprisionandola por la cintura y la sedienta hierba recibió el regalo de una humedad que no esperaba.

Una vez mas se agitaron las mulas y elevó el arroyo su canción eterna con mas fuerza mientras el sol enviaba a la tierra sus mas ardientes rayos de siesta antes de perderse en el reposo del anochecer.

Aurelio ROMERO.

966

DIVAGACIONES

LOS ALEMANES

SE nos presenta hoy el pueblo aleman como una fuerza ciega. No sabemos nada de él, sino de sus soldados cuyos partes de guerra les son bastante favorables hasta hora. Las fotos de propaganda muestran soldados bien uniformados, bien afeitados, como si fuesen a pasar revista un momento después. Nada hay mas lejos de las fotos de aquella guerra del 14 que llenó de curiosidad nuestra infancia, como éstas de ahora. Eram hombres barbudos, con cascos terminados en punta, sobre los que se distinguía una funda de tela. Tambien vimos muchas ruinas, muchos habitantes de poblados huyendo en carricoches atiborrados de objetos caseros y arrastrados, a veces, por una cabra. Hoy no hay nada de eso. Hay soldados fotogénicos y nada más. Quizá se debe ésto a que en España solo se publica con gusto la propaganda alemana y a que nb pueden acusar a los aliados de ninguna destrucción, ya que hasta ahora se estan tranquilamente en sus puestos y las ofensivas y las ruinas corresponden a los otros. Pero, en fin, no es de ésto de lo que quería hablar.

Me preocupa el pensamiento de cualquier hombre aleman que no esté conforme. Estoy seguro de que mañana tendremos novelas y relatos de guerra en los que se nos explicará el paso del hombre por el corazón de toda esta hoguera. No es posible que todos se dejen conducir a gusto.

Lo evidente es, sin embargo, que muchas de las

ideas generales que se conocen sobre los alemanes están ahora llenas de prestigio. Se echa uno a andar hacia atrás en la historia y no es difícil encontrar el parentesco de los nazis con los bárbaros medievales y con los arios de las primeras invasiones de norte a sur. Derribado el nazismo nos encontraremos sin embargo con la solidez de una de sus teorías mas propagadas: el sentido de la raza, el elemento radical inmutable y tendido siempre hacia iguales propósitos En la revisión de ideas que seguirá a la guerra, como a todas las grandes, tendremos que contar con este factor que se nos había quedado en los programas con ambiciones de marco mundial, o si se quiere, en la identidad de nivel social y de cultura de los pueblos.

Ahora que vamos a ser emigrantes quizas pensamos mas en ello. Cuando nos imaginamos viviendo en el país que nos ha prestado cariñosa acogida, sentimos una previa preocupación por el origen racial de las gentes con quienes hemos de convivir y no ocultamos nuestra satisfacción cuando en los puestos mas destacados leemos apellidos de sonoridad española. Los otros nos hacen pensar no solo en unas dificultades para entendernos con ellos, sino hasta en su imposibilidad de conocer bien la psicología del propio país en que han adaptado su vida y donde han llegado incluso a figurar en las esferas de dirección. Aun los que mas ambiciosamente hemos llegado, como los enciclopedistas y sus grupos de contacto en otros puntos de Europa, a ser "ciudadanos del Mundo" tememos un poco una presión - por ligera que sea y de la índole que fuere - de gentes cuyo depósito tradicional no esté cubierto de iguales materiales que el nuestro. Lo prudente es esperar y ver. Señalo solo el estado de mi pensamiento en el momento presente, pero no me aventuro a sacar deducciones en las que todo está sujeto -y dispuesto- a la rectificación.

Volvamos a los alemanes. Alguna vez he hablado del tema de "Subdito" de Heinrich Mann y comenté ingenuamente -todo primer descubrimiento es ingenuo- que lo fundamental en el escenario biológico de Didier era exactamente lo mismo que lo que hoy se presenta por debajo y por encima de las movilizaciones de Hitler. Algo cortado paralelamente en fajas que obligan a inclinar la cabeza ante las superiores y tratar con despotismo a las inferiores. Todo ello tan natural, tan lógico, tan sin violencia, que casi sería cruel intentar removerlo.

Cuando ocurrió la revolución alemana estuvimos muy

admirados en muchos puntos de Europa de aquella nueva República que se atrevía a muchas audacias sin perder un tono acomodado muy tranquilizador. Ahora podemos comprender hasta que punto se sostenía sobre un regañadientes colectivo y se sometía disciplinadamente porque estaban convencidos de que no podían hacer otra cosa. Pero las fuerzas internas trabajaban para una revancha que es inutil buscaren el Tratado de Versalles. Había que volver a marchar uniformados, había que nombrar los sargentos, y los oficiales, y los generales de la conocida estructura en capas de distintos valores y disciplina de inferior a superior. Y, por encima de todas las propagandas y de todas las apariencias de ideario, lo que Hitler ha hecho, ha sabido hacer, es interpretar a fondo la necesidad de encuadramiento del pueblo alemán.

Un viajero me decía en el trayecto de Colonia a una estación que no recuerdo. "Yo antes viajaba en primera. Me rebajaron el sueldo y tuve que viajar en segunda. Me lo han vuelto a bajar y ahora viajo en tercera." Pero no lo decía lamentándose sino, mas bien, queriendome advertir que él no pertenecía sino accidentalmente a la clase de viajeros de tercera, porque -aquí unas consideraciones sobre las deudas de guerra y la expresión de su confianza en la llegada al poder de Hitler- su posición social era de primera clase. A mi me resultaba absurdo que un hombre se empeñase en ser medido por algo tan accidental como la calidad de un vagon de ferrocarril, en el que lo más importante que se busca es trasladarse de un lado a otro.

Ahora que estoy leyendo el tomo "La Rebelión" del Juan Cristobal de Romain Rolland me encuentro también iguales elementos definidores del alma germana que los que andaban en el "Subdito" de Mann. Toda la rebelión de Juan Cristobal arranca de eso precisamente, de advertirlos rodeando su vida y excitando su capacidad de odio y desprecio ("Me avergüenzo de ser alemán" Schopenhauer). Pero sus conciudadanos observan bien, no es extraño que le ocurra tal cosa, puesto que su abuelo era un emigrado de Belgica y por lo tanto no era un germano puro. Justificada, aunque combatida, su disconformidad, ya está encontrada la razón para no inquietarse y seguir viviendo como siempre.

Como siempre. Es decir, huyendo de lo personal, por

que esto tiene el riesgo de arañar suceptibilidades y como consecuencia, lo peor, el aislamiento.

Como siempre, es decir, en "bunds" en grupos, en asociaciones, edificando constantemente las teorías que den una sólida y pesada base de lógica o de ciencia a sus aficiones, a sus gustos, que desde lejos nos parecen los diversos miembros de un mismo cuerpo pesado e invariable.

Como siempre, es decir, amando a la tierra - la vuelta a los bosques de las juventudes hitlerianas- gozándose en lo simple, amando y superando lo ridículo.

Recuerdo un artículo de Gorki en el que empezando a hablar del regimen nazi acababa por expresar su desprecio hacia los alemanes en total, hacia su metodismo ampuloso, sus vientres hinchados, sus pestorejos tersos y su culto a la cerveza; beben en las fiestas, beben en los mítines, beben en los conciertos.

Habría que hacer algo -¿que?- para arrancarles estas cosas a los alemanes y sacarles de la noria en que, desde siglos andan dando vueltas. Cuando pierdan esta guerra se prepararán para otra y les surgirá un nuevo Federico, o Bismarck, o Hitler, que les profetice su superioridad y se la crean. -la naturaleza, los bunds, la cerveza, el antisemitismo, la raza, las primera, segunda, tercera y cuarta clase (y más y más)- Hasta que una nueva correría de bárbaros pille a Europa tan caduca y la aplaste por otra serie de siglos.

Y si se llegasen a juntar el expansionismo de la revolución de clase y la fuerza perturbadora de los germanos, entonces es el momento de poner punto final a una etapa de la historia de la Europa de cien fronteras que hoy conocemos.

Pero ¿no se está ahora en el prólogo de una lucha en la que se trata de romper el obstáculo del bárbaro teutón levantado otra vez y amenazando a derecha e izquierda lo viejo y lo nuevo?

Antes de llegar a las conclusiones conviene esperar los materiales que nos tienen que ir llegando ya poco a poco. Y que no faltarán.

Pablo DE LA FUENTE

RECUERDOS ESTUPIDOS

EL tiempo va dejando tras de nosotros una estela de recuerdos que al llegar a un punto se torna en melancolía y nostalgia que dá encanto a las cosas mas simples y a veces a las que caen dentro del reino de la estupidez. Esto da lugar a que volviendo los ojos al pasado lo hallemos como dentro de una zona donde la evocación se hace dulce, apacible, y nos vueleve de nuevo a un mundo que el regreso presta cierto encanto. Surgen miles de motivos que si se recuerdan en la segunda decena de la vida pueden sonrojar,mas rememorados casi al final de la cuarta toman perspectivas hacia el ridículo,pero hacia un ridículo que por ser eterno se nos torna encantador.

Aquí están en mi recuerdo aquellas señoras gordas inefables que visitaban mi casa y sentandose en torno de una mesa isabelina sobre sillería del mismo estilo con tapicería de terciopelo granate. Lo que de niño se oía al ser recordado ahora nos parece de otro mundo. Eran aquellas conversaciones en las que cuando se hablaba de un futuro nacimiento en familia amiga , nos decían: "Niños, iros...Anda, id a jugar al cuarto de los juguetes". Y nosotros nos ibamos mansamente con nuestras limitadas e ingenuas imaginaciones pensando en ese secreto tenebroso de que se hablaba en la sala.

Recuerdo que un día teniendo una de mis hermanas once años, la cual no ha sobresalido por su gracia gitana, mi madre la obligó a bailar las sevillanas ante un grupo de amigas. La infeliz criatura tardó una hora en decidirse. Mi madre lo hizo cuestión de amor propio. "Pero si lo hace muy bien...¡Vamos , niña, a bailar!" Rompió a llorar la desdichada y mi madre ya enfadada la obligó, imperativa. Y la criatura no pudiendo des

obedecer, salió bailando sirviendola de ritmo su copioso llanto, entrecortado por la conocida letra y música de la sevillana,

Arenal de Sevilla, mamita,
Torre del Oro...

Once años, de Santander, y llorando. Haceros una idea. Las señoras, amigas de la casa, que la contemplaban, decían en serio: "¡Qué monada, qué rica! ¡Lo hace admirablemente!", y mi madre, encantada. Muchos años después recordando esto con ella nos hemos reido francamente sintiendo como yo ahora ese lejano perdón que concede el tiempo a los hechos estúpidos.

Me ha ocurrido muchas veces que estas señoras gordas que frecuentaban mi casa y que dejaron de verme a los seis o siete años, cuando me he encontrado con ellas veinte después han quedado asombradas contemplandome y han exclamado esta primorosa estupidez: "¡Ay, Santiaguito! ¡Está hecho un hombre!..." Uno, ha llevado una mediana educación y sonriente ha contestado: "Si, claro, un poco". ¿Qué iba uno a decir?

Mi madrina de pila que era bella, bellísima y dicen que inteligente, dejó de verme a los tres años para encontrarnos de nuevo teniendo yo cumplidos los treinta. Desde luego ya no era bellísima. Su inteligencia la dictó al verme lo siguiente: "¡Jesús, Jesús! ¡Cómo ha crecido este chico!"

¿Quien no ha escuchado algo semejante? ¿Dirán los hombres de mañana algo parecido a lo que escribo? Yo creo que no tanto, pero ¡quien sabe!

Yo sé que he ido por la calle a la "pata coja" sin pisar raya y al encontrarme con una longitud final posaba los dos pies, uno en cada losa y a cada lado de la ranura. Y he pasado un palo por el rizado de un cierre metálico produciendo un ruido desagradable. Y que he gritado como un condenado al cruzar ante la puerta abierta de un gran portal de esos que tienen la resonancia mas profunda, verdaderos Chaliapines de la construcción, y me he puesto entre dos arboles o entre dos piedras que marcaban una meta de futbol y he dicho: "Yo era Alcalde. Venga, ¡chuta!". Este Alcalde era el guardameta mas famoso de aquella época.

Recuerdo igualmente que yo me desvivía por presenciar las reuniones familiares cuando concurrían numerosos amigos y charlaban, jugaban al póker o bailaban al son de un gramófono. Aparecía yo por las puertas con un aire tristeón y desvaido que me valió el que mis hermanas me llamasen "Santiago Ontañón de trapo". Inmediatamente mi hermana mayor se abalanzaba hacia mí y cogiendome por un brazo me plantaba en el pasillo diciendome: "Anda, vete a jugar con las niñas"-mis otras hermanas pe

queñas-. Yo me iba refunfuñando y llamandola ¡Alcachofa!, apodo que le había tocado en suerte al decir nuestro por su nariz, que debo confesar que era totalmente normal. Claro está que lo que entonces, ni posiblemente ahora, sabían mis hermanas, era que mi insistencia en frecuentar las reuniones es que en secreto ya me gustaban las visitantes con apetitos misteriosos en aquél entonces pero hoy ya descubiertos ampliamente.

Entre las innumerables tonterias que se dicen y hacen en la infancia, recuerdo varias que me han sido repetidas múltiples veces a lo largo de mi vida. En cierta ocasión, teniendo yo cinco años, una doncella de casa me llamó Santiaguito de lo cual yo protesté y pedí que se me llamase "señorito Santiago". Es curiosos cómo hoy esta palabra de "señorito" es la que mas odio de todo el idioma por su fonética y sobre todo por su significado. Por esta época y anticipando mi amor actual por la poesía, me decidí a ser poeta componiendo un poema de corte bucólico que empezaba con este verso que es el único que recuerdo,

La "faluta" campesina

.....

Esto de "faluta", como habreis comprendido, quiere decir flauta, pero que mi desconocimiento total de la ortografía combiando la colocación de la "ele", creó esta bella palabra que tiene algo de naútica, un próximo parentesco con falúa.

Acostumbraba frecuentar la biblioteca del Club de Regatas del cual mi padre era socio fundador y que debido a esta condición yo gozaba del privilegio de hojear la "Ilustración Ibero-Americana" y escuchar el melancólico carrillón del reloj de la sala de lectura que me llenaba de una dulce tristeza. Cierto día, mi padre dijo al bibliotecario que me diese un libro de Pereda, que empecé a leer con entusiasmo mas de repente ¡horror! ví escrita la palabra "puta" que me dejó anonadado. Cerré el libro y no me atreví a decirselo al autor de mis dias. Desde aquél momento, el escritor montañés para mí era algo así como el Diablo mismo. ¡Pobre don José María Pereda!

La vida de los niños suele ser muy desdichada. Uno ha servido de cimbél para cosas atroces. Mi primer corte de pelo, pór ejemplo, fué una verdadera catástrofe. Mi hermana mayor tenía puesto su orgullo en el tocado de mi cabeza, la del único hijo varón de una familia que entonces se componía de cuatro hermosas criaturas y que llegamos a sumar (felizmente hasta la actualidad) siete, entre las cuales me encuentro situado como el Jueves entre los dias de la semana: en el centro. Mis primeros cuatro años ostenté unos maravillosos tirabuzones ru

bios dignos del angel mas hermoso que saliera de los pinceles de Pietro de Fiessole...mas hubo de llegar el momento solemne en que se decidiese el ostentar orgulloso mi condición masculina en lo que respecta a mi aspecto exterior. Habian de cortarme mis hermosos cabellos, estos cabellos, ¡ay!, hoy tan llorados ante los espejos delatores. Mi hermana que gustó siempre de adoptar modas que venían de fuera, deseaba verme como a ciertos principitos que había visto retratados en una revista. Es decir, con un corte de pelo y peinado a la manera de los hombres mayores, con su raya al lado y sus dos "bandeaux" dividiendo graciosamente la cabeza. Duró muy cerca de una hora la explicación al aña que había de llevarme a la peluquería habitual donde mi padre concurría. La muchacha, hecha un verdadero lio con tanta explicación, llegó al peluquero y dijo simplemente: "Este es el hijo del señor Ontañón y que le corten el pelo...Y no pasó nada, es decir, me cortaron el pelo como entonces era costumbre a los niños de mi edad. Me hicieron la mar de monadas los oficiales peluqueros, monadas de todas clases menos la de cortarme el pelo como era la ilusión familiar. Cuando llegué a casa mi hermana estuvo a punto de sufrir un síncope. El trabajo del fígaro había dado por resultado lo siguiente: un rapado total de toda la cabeza exceptuando un minúsculo flequillo peinado graciosamente hacia abajo y de dos patillas que rizadas convenientemente daban la sensación de que llevaba un amarillo clavél reventón descansando sobre cada oreja a la manera y duplicadamente de los manolos y manolas de pandereta, o simplemente como un borriquillo en romería. Fué algo espantoso. Mas lo que son las cosas, veinte años después, contando este hecho memorable a cierta belleza francesa, por el conducto de la risa llegamos a ciertas cosas que a buen seguro en la léjana época del suceso yo estaba muy léjos de sospechar.

Pero este es un recuerdo que perdura en la memoria a través de relatos familiares, los malos son los otros, los que nos salen de vez en cuando a la cara, tiñendo de rojo vivo las mejillas. Los graves, son los que,cuando a los catorce años, se era germanófilo en la guerra de 1914 y con una ignorancia y pedantería sin límites, uno discutía son un hombre de cuarenta teniendo que oir que me dijesen: "Mira, niño, tu eres muy pequeño para hablar de estas cosas que no entiendes. ¡Oh, la razón y la sabiduría de los años! Hace unos meses, oí a mi sobrino, que a la sazón cuenta doce y para su desgracia le educan a la manera del Imperio, que "la causa de la decadencia española se la debemos a Inglaterra". Queriendole como le quiro sentí verdaderos deseos de darle un "cosque", pero vinien-

do a mi memoria el consejo escuchado el año 14 lo repetí esperando que a su ves él tenga que remozarlo de nuevo dentro de otros tantos años.

La infancia es un camino hacia la estupidez que es la adolescencia y así vez ésta lo es hacia la pedantería que es la juventud que vá camino de la madurez que es la sabiduría que acaba en esa vuelta a la infancia que es la vejez.

Procuremos no decir a los hijos de nuestros amigos, niños de hoy, dentro de treinta años que han crecido mucho, eso habremos salido ganando y de menos cosas tendremos que dar cuentas el dia del Juicio Final.

Santiago ONTAÑON.

976

Los Alberti en Chile

Por noticias particulares sabemos que Rafael y María Teresa estan en Chile.

Nos hace esto pensar con agrado en el día en que volvamos a reunirnos con tan queridos amigos y nos comuniquemos mutuamente nuestras impresiones de esta larga y accidentada etapa de separación.

Les saludamos desde aquí y hacemos constar nuestro invariable afecto fraternal hacia quienes desde hace tanto tiempo han compartido con nosotros jornadas duras y alegres y esperanzadas.

Donde ellos estén sabemos que la causa de la República y del pueblo español cuenta con leales y tenaces defensores y que el prestigio de las letras españolas crecerá con su trabajo.

977

CRONICA TEATRAL

Los Criticos

ENTRE los distintos elementos que han contribuido al decaimiento del teatro español figura en primer término la crítica. Hemos analizado en artículos anteriores la labor de empresarios, autores y actores y en ellos hemos pretendido demostrar la parte de responsabilidad que cabe a estos elementos. En este artículo trataré de demostrar la culpabilidad de los críticos.

Por lo regular, en España no se hace la crítica por vocación, salvo raras y honrosas excepciones. La crítica teatral se ha hecho en la mayor parte de los casos por escritores que aspiraban a estrenar unas veces obras originales, otras traducciones o refundiciones del teatro clásico y se servían de la fuerza que da un periodico acreditado utilizado como palanca, fuerza que rara vez deja de fallar, pues los empresarios suelen temer mucho la coacción que supone ponerse enfrente de un periodico.

Además de lo anteriormente señalado suelen los críticos adolecer de un defecto primordial y este es, ademas de su falta de condiciones naturales, su falta de preparación. Enfrente de ésto y como ejemplo contrario digno de figurar como modelo podíamos citar el caso de Perez de Ayala. Este gran escritor sin obligación impuesta, ve los defectos de la producción teatral, se da cuenta de la importancia que ésto tiene y siente la necesidad de escribir un libro para señalar defectos y vicios e indicar el re-

medio. Aparecen a la venta los dos tomos de "Las Máscaras". Libro maravilloso aunque yo no comparta algunas de sus opiniones.

He puesto este ejemplo que a alguno puede parecer desproporcionado. Pero teniendo en cuenta las distancias, se puede exigir de los demás críticos la misma objetividad, el mismo cariño por el tema y hasta un proporcionado conocimiento del mismo.

En los últimos veinticinco años ha habido un crítico inteligentísimo, de gran personalidad, poeta eminente, escritor brillantísimo que pudo ser quizá el guía de nuestra escena y que no lo fué por lo negativo de su labor. Me refiero a Enrique de Mesa. Los últimos años de su vida hacía crítica teatral en la "Correspondencia de España". Los días de estreno se hacía una tirada especial del periodico que el público agotaba para leer la labor del crítico. Este disfrutaba deshaciendo mitos con su prosa punzante, hiriente, de iconoclasta convencido. Aunque censuró siempre al género astracanesco y otros inferiores se mostraba mucho mas severo con Benavente y otras grandes figuras entre los autores asi como con las compañías que intentaban nuevos derroteros o sentían ansias de intentos nobles. Como Mesa tenía mucho ingenio y gracia, el criticado sobre todo si era actor o empresario, sufría de cerca el peor de los desprestigios teatrales, el del ridículo y acababa inclinandose hacia el astracan, que además de ser mas ventajoso economicamente, ofrecía menos riesgos.

Además de Mesa ha habido otros dos críticos de valía, escritores eminentes que se pueden poner como ejemplo de excepción, Enrique Diez Canedo y Antonio Espina. Estos ademas, lo mismo que hizo antes Mesa no han utilizado la crítica para estrenar aunque podían haberlo hecho solo con el prestigio de su nombre; ni han impuesto sus queridas a las empresas.

En lo que mas se nota la falta de preparación de los críticos es en su desconocimiento de la labor de los actores. Casi siempre reaccionan como el público ingenuo, inclinándose hacia el bueno en la obra o hacia el papel fácil. Cuantas veces un actor defiende un caracter que al autor se le quedo en el tintero y encima, como premio a su labor, se encuentra con la censura dura de un crítico de nombre al lado del elogio de otro actor, muchas veces mediocre, a quien le correspondió un papel agradecido.

Como ejemplo contrario de ésto y como modelo de crítica de la labor de los actores se pude poner la

que hizo "Fígaro" en el estreno de "El Trovador" de García Gutiérrez. Estrenó esta obra en Madrid la compañía de don Carlos Latorre en el teatro Español antes del Príncipe. Tuvo el éxito que todos sabemos Larra al referirse a los actores dice sobre poco más o menos: Carlos Latorre por su aspecto físico, por su voz campanuda, por su aplomo, no nos convence en el protagonista, un mancebo de 17 años. Como tampoco nos convence en el segundo papel de la obra D. Julian Romea, al que le faltan años y aplomo para interpretar su personaje, cambiados estos dos papeles en el reparto la interpretación hubiera sido perfecta. ¿Qué crítico actual se hubiese atrevido a semejante afirmación y hubiese adivinado además en el joven Julian Romea la gran figura de la escena española que fué luego?

Yo me doy cuenta de lo precipitadamente que se hace la crítica teatral y esto disculpa muchos errores. A mi juicio el crítico, el día del estreno se debía limitar a hacer una especie de reseña de lo que ha sucedido en el teatro y de la impresión que le ha causado al público. Despues de ésto y pasados dos o tres días del estreno el crítico, despues de leer la obra, debiera volver a verla representada y entonces podría hacer una crítica seria y cuidada. Claro que con ésto nos referimos a teatro serio. El otro, es decir el que se cultiva hoy corrientemente no merece ni el menor comentario.

La crítica, como todo, ha empeorado con el Imperio. No se puede leer ninguna reseña teatral en la actualidad sin que se caiga de las manos. Al principio yo creí que Antonio de Obregón venía animado de buenas intenciones y traía preparación y una sensibilidad despierta. Bien pronto me he convencido de que se trata de un pobre muchacho cursi y pedante que habla con una suficiencia intolerable de lo que no entiende. En fin, un hombre que escribe despues de la guerra que se llama "El último Husar" y que compara a Somoza con Charlot.

Edmundo BARBERO

980.

NOTAS POLITICAS

Reembarcaron los ingleses sus fuerzas del centro y sur de Noruega. Esta operación ha sido comentada como un triunfo alemán pues es debida a haber conseguido unir sus destacamentos del sector de Oslo con los del de Trondhjem en un avance que no ha podido ser contenido. En Inglaterra, sin dejar de elogiarse el acuerdo de retirar las tropas de parte tan comprometida, se critica a Cahmberlain y se espera salga del puesto de Premier.

La escasez de subsistencias, y especialmente de pan se sigue agravando y los periodicos muestran inquietud por las consecuencias del hambre que se va acercando. Prometen por un lado y por otro intentan convencer de que era imprescindible esta etapa en la post-guerra.

UN CUENTO CADA SEMANA

LA PRINCESA ESTRELLA RADIANTE

(The Princess Starbright)

ELLA en tiempos remotos vivía junto al lago de Léguer un jovial molinero quien despues de su diaria labor encontraba entretenimiento cazando los cisnes y patos salvajes que frecuentaban aquella extensión de agua. Un dia de diciembre cuando estaba helando récio y la tierra aparecía cubierta de nieve, advirtió un solitario pato cerca del borde del lago. Disparó sobre él y avanzaba para recogerlo cuando , con gran sorpresa, vió que se habia tornado en una hermosa princesa. Estaba presto a dejarse caer sobre la nieve, espantado, pero la dama se le acercó graciosamente diciendo:

-"No temas, mi valiente amigo. Sabe que he estado encantada varios años bajo la forma de un cisne salvaje a causa de la enemistad de tres malignos demonios. Tu puedes restituirme definitivamente a mi forma humana si optas por hacer gala de un poco de perseverencia y valor".

-¡Cómo! ¿Qué desea usted que yo haga, señora?, tartamudeó el molinero intimidado por su belleza y condescendencia.

-Lo que solamente un hombre valeroso podría realizar, amigo mio, replicó ella; todo lo que tienes que hacer es pasar tres noches consecutivas en la vieja mansión que allí enfrente puedes ver.

El molinero se estremeció porque había oído las mas terribles historias relativas a la arruinada finca, que tenía mala fama en el distrito.

-¡Ay, señora!, exclamó -¿A quien podría no encontrarme allí? Hasta el diablo mismo.

-Buen amigo, dijo la princesa tristemente, -si lo haces como yo te pido, tendrás que encontrarte no con uno sino con una docena de demonios que te atormentarán por todos los medios imaginables. Pero no temas nada porque yo puedo proveerte de un ungüento mágico que te preservará por completo de todos los daños que pudieran intentar infligirte. Te aseguro que si lo hicieras como te lo solicito nunca te arrepentirás.

Bajo la piedra del hogar del salón de la finca hay tres arquetas de oro y tres de plata; las seis nos pertenecerán si me ayudas. Así, te ruego pongas tu valor a prueba.

El molinero distendió el pecho.

-Señora, dijo -yo le obedeceré aunque tenga que hacer frente a un centenar de demonios en lugar de doce.

La princesa sonrió alentadoramente y desapareció.

A la noche siguiente el molinero partió para la vieja casona llevando un manojo de haces de haces de laña para hacer fuego y un poco de sidra y tabaco para refrescarse durante su vigilia. Cuando llegó al lúgubre y vetusto lugar se sentó junto a la chimenea donde había armado un buen fuego y encendió su pipa. Pero escasamente habíalo hecho así cuando oyó una tremenda conmoción en la chimenea. Un tanto sobresaltado se escondió debajo de una vieja cama que estaba enfrente del hogar y mirando fija y ansiosamente desde su lugar de escondite observó como once espantosos demonios descendían por el cañón. Parecieron perplejos de hallar un fuego encendido y no manifestaron estar del mejor humor.

-¿Donde está Boiteux?, gritó uno de ellos.

-¡Oh!, gruñó otro que parecía ser el jefe de la partida -Siempre llega tarde.

-¡Ah, miradle!, exclamó un tercero mientras Boiteux llegaba por el mismo camino que sus compañeros.

-Bien, camaradas, voceó Boiteux -¿Habeis oído las noticias?

Los demás encogieron los hombros y mencaron hurañamente sus cabezas.

-Pues, dijo Boiteux,-estoy convencido de que el molinero de Léguer está aquí tratando de liberar a la princesa del encantamiento en que la hemos sumido.

Una búsqueda apresurada tuvo lugar sobre la marcha, andando los demonios a la greña de un lado a otro de la habitación, arrancando a tirones las cortinas y esforzandose por descubrir el escondite del intruso. Por fin, Boiteux atisbando bajo la cama vió al molinero allí azagapado y gritó:

-¡Aquí está el bribón, debajo de la cama!

El desdichado molinero fué asido por los pies y arrastrado al centro de un aullante y brincante círculo. Con un ademán imperioso, el demonio jefe reprimió los gestos y contorsiones de

sus secuaces.

-De modo, mi alegre molinero, dijo -que nuestra amiga la princesa ha encontrado en tí un campeon, ¿no es así? Bien,nos vamos a divertir algo contigo, lo que temo que no va a ser muy de tu agrado, pero puedo afirmarte que no tendrás nueva oportunidad de ayudar a la princesa en desgracia.

Diciendo esto, agarró al molinero y lo arrojó de sí con extraordinaria fuerza. Cuando volaba como una piedra lanzada por una honda, otro de los demonios asiole y el desgraciado fué devuelto violentamente de uno a otro. Por último le tiraron por la ventana al patio y como no se moviera le dieron por muerto. Pero en medio de su risa y alborozo por la facilidad con que habían conseguido desembarazarse de él, sonó el cantó del gallo y la diabólica pandilla desapareció velozmente.

Apenas lo habian hecho cuando la princesa llegó. Tiernamente ungió las heridas del molinero con el contenido de un pequeño pomo de ungüento mágico que había traido consigo y el intrépido adalid nada desalentado ahora que había revivido por completo, anunció su intención de estudiar la manera de quedarse en la casa las dos noches siguientes.

No había hecho sino instalarse en su sitio al lado de la lumbre, la segunda noche, cuando los doce diablos llegaron dando tumbos chimenea abajo como la vez anterior. En un extremo del aposento yacía un gran montón de leña, detrás del cual buscó refugio el molinero rapidamente.

-¡Aquí me huele a Cristiano! gritó Boiteux. Siguió una pesquisa y una vez mas el desventurado molinero fué sacado a rastras.

-¡Ajajá!, profirió el caudillo -¡De forma que no estás muerto a pesar de todo! Bien, puedo asegurarte que en esta ocasión no chapucearemos nuestro trabajo.

Uno de los miembros de la terrible banda colocó en el fuego un gran caldero de aceite, y cuando estaba hirviendo atraparon a su víctima y lo arrojaron dentro. La mas horrenda agonía apoderose del molinero mientras el líquido bullía alrededor de su cuerpo. Estaba a punto de desmayarse bajo la intensidad de la tortura cuando nuevamente cacareó el gallo y la demoniaca compañía se dispersó. La princesa surgió raudamente y extrayendo al molinero del caldero le embadurnó de pies a cabeza con el ungüento.

La tercera noche,los diablos, una vez mas, hallaron al molinero en la vivienda. Desanimado, Boiteux sugirió la idea de que debería ser tostado en un asador y comido, pero desgraciadamente para ellos emplearon largo tiempo en llegar a esta conclusión y cuando estaban a pique de empalar a su víctima en

el asador, cantó el gallo y se vieron obligados a retirarse llando de rabia por su fracaso. Como anteriormente ocurriera, la princesa llegó y regocijose de ver que en esta ocasión su campeón no precisaba ninguna asistencia.

-Todo marcha ahora perfectamente, dijo. -Tu me has liberado de mi encantamiento y el tesoro es nuestro.

Levantaron la piedra del hogar de su sitio y como la princesa había dicho, tres arquetas de oro y tres de plata aparecieron descansando en el hueco.

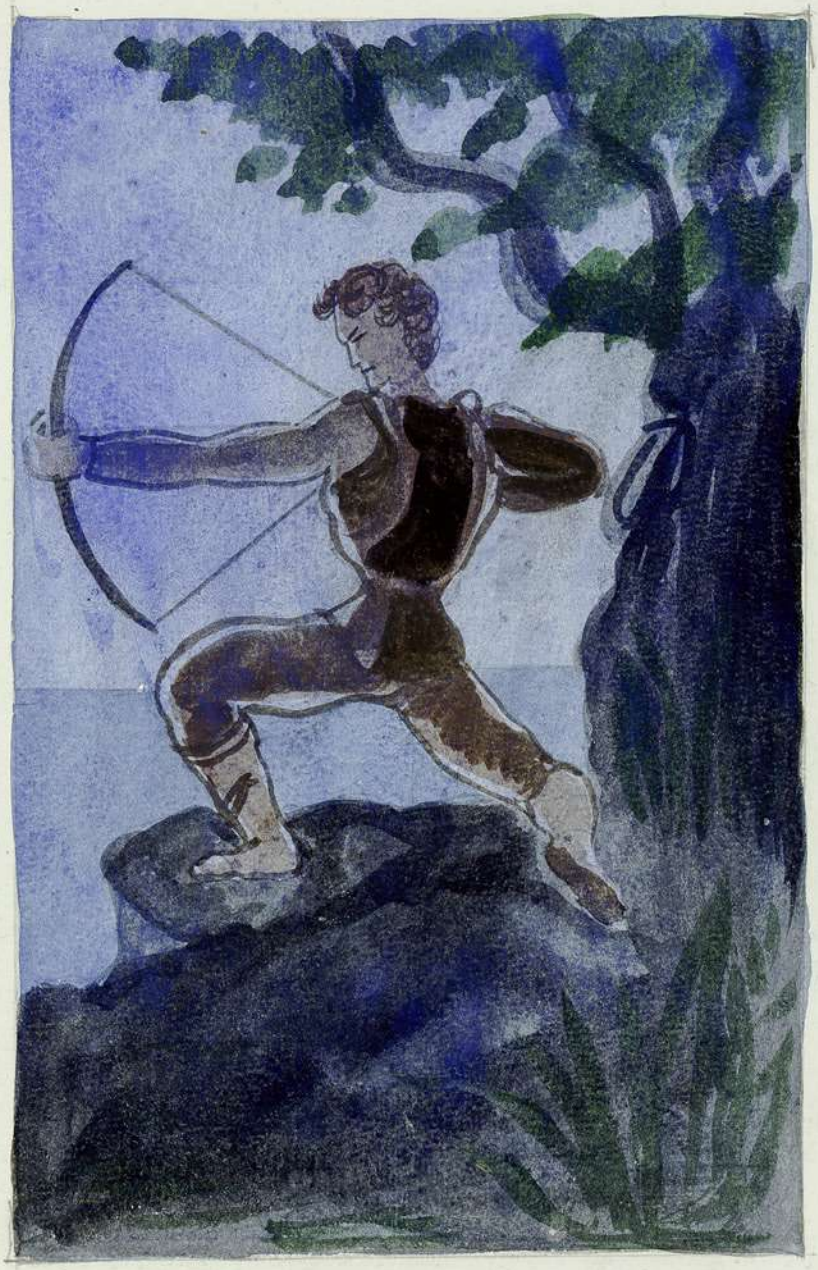
-Toma para tí lo que desees, exclamó la Princesa. -En cuanto a mí no puedo quedarme aquí; debo emprender un viaje en el acto que durará un año y un dia, transcurrido el cual nunca volveré a marchar.

Con estas palabras desapareció. El molinero quedó contristado por su marcha pero consolandose con el tesoro, puso al frente de su molino a su aprendiz e informándo a uno de sus compañeros de su buena suerte decidió hacer un viaje con él hasta la fecha en que la princesa debería regresar. Visitó los paises vecinos y con abundante dinero a su disposición halló ciertamente muy agradable la existencia. Después de unos ocho meses de tal clase de vida, él y su amigo determinaron volver a Britania y se pusieron en viaje. Un dia tropezaron en el camino con una vieja que vendía manzanas. Les rogó que le comprasen algunas pero el molinero fué aconsejado por su amigo que no debía prestarle ninguna atención. Dando de lado la bien intencionada advertencia riose el molinero y compró tres manzanas. Apenas habia comido una cuando sintiose indispuesto. Recordando hasta qué grado le había sentado mal la fruta no tocó las restantes hasta el dia en que la princesa habia declarado que retornaría. Camino de la casa solariega para encontrarse con ella, comió la segunda manzana. Empezó a sentirse somnoliento y tumbandose al pié de un arbol cayó en un profundo sueño.

Poco tiempo después llegó la princesa en una hermosa carroza cuajada de estrellas tirada por diez caballos. Cuando vió al molinero echado, durmiendo, preguntó a su amigo lo que había sucedido. El hombre le hizo conocer la aventura de las manzanas, y la princesa le contó que la vieja que se las había vendido era una hechicera.

-¡Ay! dijo, -me es imposible llevarle conmigo en esta situación, pero vendré mañana a este lugar y de nuevo al dia siguiente y si está despierto me lo llevaré de aquí en mi carroza. He aquí esta pera de oro y este pañuelo; déselos a él y dígale que volveré nuevamente.

Se alejó en su carruaje cuajado de estrellas. Poco rato después el molinero despertó y su amigo le relató lo que había o



currido y entregole la pera y el pañuelo. Al día siguiente acudieron una vez mas al sitio donde la princesa se había desvanecido, pero el molinero en su atolondramiento comió de la tercera manzana y la princesa le encontró dormido de nuevo. Con gran tristeza prometió regresar el próximo dia por última vez, dejando otra pera y otro pañuelo a su amigo a quien dijo

-Si mañana cuando yo venga no está despierto tendrá que cruzar tres tierras y tres mares si quiere encontrarme.

No obstante, para su desgracia, el molinero estaba dormido aun cuando la princesa apareció al dia siguiente. Esta, repitió lo que ya había dicho referente a la dura prueba que el infortunado molinero tendría que arrostrar para verla de nuevo y antes de marcharse dejó una tercera pera de oro y un tercer pañuelo. Cuando despertó el molinero y vió que ya se había ido estuvo muy cerca de enloquecer de pena, pero sin embargo manifestó su inalterable intención de recobrar a la princesa aunque tuviera que recorrer hasta los últimos confines de la tierra en su busca. En consecuencia, emprendió el viaje para dar con su morada. Caminó y caminó incontables millas hasta que al fin alcanzó un gran bosque. Cuando llegaba a sus tenebrosas lindes cayó la noche y consideró lo mas seguro trepar a un arbol desde el que con gran satisfacción divisó una luz que brillaba a lo léjos.

Descendiendo, anduvo en dirección a la luz y topó con una pequeña cabaña hecha con ramas de arboles y dentro de ella un viejecito con una larga barba blanca.

-Buenas noches, abuelo, dijo el molinero.

-Buenas noches, hijo mio, replicole el viejo, -te contemplo con verdadero placer pues han pasado ochenta años desde que ví un ser humano.

El molinero entró en la choza y se sentó al lado del viejo, y después de un rato de conversación le contó el objeto de su viaje.

-Yo te ayudaré, hijo mio, dijo el anciano -¿Ves estas botas encantadas? Pues yo las usaba a tu edad. Cuando te las calces serás capaz de recorrer siete leguas en un solo paso y llegarás sin ninguna dificultad al castillo de la princesa que tanto anhelas ver de nuevo.

El molinero pasó la noche en la cabaña en compañía del viejo ermitaño y a la mañana siguiente, al despuntar el sol, calzose los mágicos borceguies y partió con paso vivo. Todo fué bien al principio, nada se opuso a su marcha, y salvó rios, bosques y montañas. Caía el sol cuando llegó a las margenes de un segundo bosque donde distinguió una segunda choza exactamente igual que aquella en que había pasado la noche precedente. Yendo hacia ella la encontró ocupada por una mujer de

avanzada edad de quien solicitó cena y alojamiento.

-¡Ay!, hijo mio, exclamó la vieja -haces mal en venir aquí porque tengo tres hijos, terribles seres, que estarán aquí dentro de poco y estoy segura que si te quedas te devorarán.

El molinero le preguntó por los nombres de sus hijos siendo informado por la anciana de que eran Enero, Febrero y Marzo. De esto sacó la conclusión de que la arrugada y marchita mujer a quien se estaba dirigiendo no era otra que la madre de los Vientos. Interrogandole si en efecto era así, ella admitió que había juzgado acertadamente. Mientras estaban hablando de esta guisa se produjo una terrible conmoción en la chimenea por la que descendió un descomunal gigante con pelo y barba blanca y exhalando nubes de escarcha.

-¡Ajajá!, vociferó, -¡Veo, madre, que no te has descuidado en suministrarme para mi cena!

-¡Poco a poco, poco a poco!, buen hijo, dijo la vieja señora; -Este es el pequeño Ives, mi sobrino y tu primo. Tu no debes comertelo.

El gigante que pareció grandemente disgustado se retiró a un rincón gruñendo. Corto rato después, sus hermanos Febrero y Marzo llegaron, siendo puestos al corriente a su vez de la historia con relación al parentesco del molinero respecto de ellos.

Nuestro héroe, resuelto a beneficiarse de sus conocimientos preguntó al gigantesco Febrero si le llevaría al palacio de la princesa, a quien describió.

-¡Ah!, dijo Febrero -Sin duda tu te refieres a la princesa Estrella Radiante. Si lo deseas te llevaré a cuestas parte del camino.

El molinero aceptó agradecido la oferta y en la mañana siguiente montó en las espaldas del poderoso Viento gigante que le llevó sobre un gran mar. Luego, despues de atravesar mucha tierra y un segundo oceano, mientras cruzaban una tercera inmensidad de agua, Febrero se declaró completamente agotado y dijo que no podía transportar a su nuevo primo mas allá. El molinero miró fijamente bajo él la gran desolación de la sábana de agua y le pidió que hiciera un esfuerzo por alcanzar la tierra del otro lado. Dejando escapar de la garganta un hondo gruñido, Febrero obedeció depositandole al fin en tierra fuera de las murallas de la ciudad donde el castillo de la princesa Estrella Radiante estaba situado. El molinero entró en la población y llegó a una posada. Habiendo comido, entabló conversación con la posadera inquiriendo de ella las nuevas de la plaza.

-¡Como!, exclamó la mujer sorprendida -¿De donde viene usted que no sabe que la princesa Estrella Radiante está para ca

988

zarse hoy y con un marido a quien ella no ama? La comitiva nup cial pasará por la puerta dentro de algunos instantes camino de la iglesia.

El molinero estaba notablemente abatido, escuchadas estas palabras, pero tirando de valor colocó en una pequeña mesa delante de la posada la primera de las peras y el primero de los pañuelos, que la princesa habíale dejado por medio de su amigo. Al poco rato la comitiva pasó y la princesa reparó inmediatamente en la pera y el pañuelo y asimismo tambien reconoció al molinero de pié inmediato a ellas. Se detuvo y fingiendo enfermedad pidió que la ceremonia fuera diferida hasta el dia siguiente. De vuelta al palacio envió a una de sus doncellas a comprar la fruta y el pañuelo, y el molinero se los entregó sin preguntar nada. Al otro dia sucedió la misma cosa y en la tercera ocasión del transito de la princesa acaeció la misma série de acontecimientos. Esta vez la princesa envió en busca del molinero, y la pareja se abrazó tiernamente y lloró de alegría por haberse recobrado el uno al otro.

La princesa que era tan inteligente como hermosa tenía una estratagema por la cual esperaba casarse con el molinero sin la indebida oposición por parte de sus amigos. Así, procurose las vestimentas nupciales del principe, su prometido, y atavi ando con ellas al molinero se lo llevó a la fiesta de la boda que había sido preparada por cuarta vez a última hora. Pero escondió a su amado en un rincón apartado de la vista pública.

Pasado un rato, la princesa hizo ver como que buscaba algo y al ser interrogada sobre lo que había perdido y andaba buscando, replicó:

-Tengo un hermoso cofre, pero ¡ay! he perdido su llave. He encontrado una nueva pero no sirve: ¿no debería seguir buscan do hasta recuperar la primitiva llave?

-¡Sin duda!, gritaron todos. Entonces la princesa yendo al lugar donde el molinero estaba escondido, condújole guiado de su mano.

-Nobles e hidalgos, dijo -El cofre a que me refería es mi corazón; he aquí la llave que puede abrirlo, la llave que había perdido y he encontrado de nuevo.

La princesa y el molinero se casaron en medio del regocijo general. Algun tiempo después de la boda volvieron a visitar el lago de Léguer, escenario de su primer encuentro, cuya leyenda adhiere aun, como la niebla de la tarde, a sus orillas.

Del libro:
"Legends and romances of Brittany"
Traducción: Julio ROMEO.

989

UN ESPAÑOL EN AMERICA

¿QUIEN, que venga a América, no se sentirá un poco español? Cuanto más, los españoles. No importa que ahora vengan refugiados o no, porque lo importante, en este caso, no es el por qué sino el hecho mismo de que los españoles, los verdaderos españoles, estén de nuevo en América.

Era Pablo Neruda, todavía en París, cuando su presencia entre los emigrados representaba el magnífico calor, el aliento profundo del Chile popular y acogedor, quien con su instinto poético inaudito expresaba toda una filosofía al decirme que, en el fondo, todos los españoles con quien él había tenido que hablar con motivo de su venida aquí, no solo aceptaban el hecho como una solución, perdida transitoriamente su patria, sino que realizaban algo más profundo, de mas raiz, como es el hecho, mas o menos consciente, de que todos los españoles han soñado alguna vez con irse a América.

Y en estas pocas palabras, repitó, hay toda una filosofía, la de Unamuno, aquella misma que torpemente escarneció Millan Astray cuando tuvo el impudor de gritar: ¡Abajo la inteligencia!

Porque venir aquí, sentirse los españoles en América, es, forzosamente, quijotizarse, volver a las andadas -y tan andadas tierras y terrenos- material y espiritualmente. Un español en América, por torpe que sea, tiene que sentir necesariamente el aliento de sus abuelos y la plenitud de aquella quijotización que culminó nada menos que

990

en un mundo. Y, por si era poco, en el Nuevo Mundo, en el mundo prometido, en el mundo ansiado, afanado, porque no se trata aquí solamente de un sueño, sino de algo real y mítico al mismo tiempo, como es la esencialidad misma de los españoles. No ni siquiera mística realista, como han confundido algunos sino realismo místico, el hacer la ilusión, a fuerza de realismo, la realidad misma porque tal voluntad se ha puesto en ello.

Y esa vocación de realidad comprobable, y en la que, al mismo tiempo palpita el misterio, es la que forzosamente se siente en América. Es cierto, existe, ahí está: eso, esa llanura inmensa con sus rebaños y sus avestruces, eso que se llama la Pampa, no era solo algo de la cual se trataba en los manuales de geografía sino que realmente, esta ahí. Oh, los Andes, imponentes, terribles y casi siniestros en su grandeza. Si; ahí estan. Los puede uno contemplar cada mañana al levantarse. Luego, también tiene que estar lo otro, eso que ahora, más que nunca, vuelven a saber los españoles: el gusto de la aventura, pero en nombre de algo real, concreto e inmediato.

Y por si era poco, tenemos además, de nuevo, el honor. ¿Quién entre nosotros, llegados al continente americano, no siente el honor simultaneo, de no estar en España -si aquello debe seguirse llamando España- y de estar en América?. Porque si no estamos allí, quién lo duda, esa causa de los malandrines y follones, de los encantadores que hoy se llaman banqueros de la City, socialdemocratas traidores a lo Blum, etc. que nos convirtieron los gigantes a quienes habíamos aprendido a combatir, resucitados al segundo quijotismo, en molinos de viento y marea, de turbia tempestad ahorradiza y encanallada. ¿Quién puede dudar que ha sido,una vez más, la sobrina del cura quien ahora, en la emigración, nos quiere convencer de que entonces estábamos locos y que lo que hay que hacer es estarse en casa?

Pero no. Precisamente, no estamos en casa,estamos fuera de ella, fuera de nuestras casillas, de las casillas de sordidez y mezquindad a donde el cura y su sobrina y el barbero querían meternos.Asi, qué ancho es el mundo. Y mas ancho, todavía,el Nuevo Mundo, donde aun se nos entiende, se nos quiere y se nos llama, precisamente, por eso: por que

hemos vuelto a ser españoles y a salirnos de nuestras casillas. Porque volvemos a estar quijotizados, alta y merecidamente quijotizados.

Arturo SERRANO PLAJA.

992

LOPE DE VEGA

SONETOS

CUADERNO DE POESIA

I

No queda mas lustroso y cristalino
por altas sierras el arroyo helado
ni está más negro el ébano labrado
ni más azul la flor del verde lino;

más rubio el oro que de Oriente vino
ni más puro, lascivo y regalado
espira olor el ámbar estimado
ni está en la concha el carmesí más fino,

que frente, cejas, ojos y cabellos
aliento y boca de mi ninfa bella,
angélica figura en vista humana;

que puesto que ella se parece a ellos
vivos están allí, muertos sin ella,
cristal, ébano, lino, oro, ámbar, grana.

II

Cuando imagino de mis breves días
los muchos que el tirano amor me debe
y en mi cabello anticipar la nieve
más que los años las tristezas mías,

veo que son sus falsas alegrías
veneno que en cristal la razón bebe
por quien el apetito se le atreve
vestido de mis dulces fantasías.

¿Qué hierbas del olvido ha dado el gusto
a la razón que sin hacer su oficio
quiere contra razón satisfacelle?

Mas consolarse quiere mi disgusto,
que es el deseo del remedio indicio
y el remedio de amor querer vencelle.

994

III

Estos los sauces son y esta la fuente,
los montes estos y esta la ribera
donde vi de mi sol la vez primera
los bellos ojos, la serena frente.

Este es el rio humilde y la corriente
y esta la cuarta y verde primavera
que esmalta el campo alegre y reverbera
en el dorado Toro el sol ardiente.

Arboles, ya mudó su fe constante...
Mas !oh gran desvarío!,que este llano
entonces monte le dejé sin duda.

Luego no será justo que me espante,
que mude parecer el pecho humano,
pasando el tiempo que los montes muda.

IV

Cuando pensé que mi tormento esquivo
hiciera fin, comienza mi tormento
y allí donde pensé tener contento
allí sin él desesperado vivo.

Donde enviaba por el verde olivo
me trujo sangre el triste pensamiento;
los bienes que pensé gozar de asiento
huyeron más que el aire fugitivo.

Cuitado yo, que la enemiga mía
ya de tibieza en hielo se deshace,
ya de mi fuego se consume y arde.

Yo he de morir y ya se acerca el día,
que el mal que en mi salud su curso hace
y cuando llega el bien es poco y tarde.

995

V

Ir y quedarse y con quedar partirse,
partir sin alma y ir con alma ajena,
oir la dulce voz de una sirena
y no poder del árbol desasirse;

arder como la vela y consumirse
haciendo torres sobre tierna arena;
caer de un cielo y ver demonio en pena
y de serlo jamás arrepentirse;

hablar entre las mudas soledades,
pedir pues resta sobre fé paciencia
y lo que es temporal llamar eterno;

creer sospechas y negar verdades
es lo que llaman en el mundo ausencia
fuego en el alma y en la vida infierno.

VI

Yo no espero la flota ni importuno
al cielo, al mar, al viento por su ayuda,
ni que segura pase la Bermuda
sobre el azul tridente de Neptuno.

Ni tengo hierba en campo o rompo alguno
con el arado en que el villano suda,
ni del vasallo que con renta acuda
provecho espero en mi favor ninguno.

Mira estas hiedras que con tiernos lazos
para formar sin alma su himeneo
dan a estos verdes álamos abrazos,

y si sientes, Lucinda, mi deseo,
hálleme la vejez entre tus brazos
y pasaremos juntos el Leteo.

996

VII

Cuando digo a Lucinda que me mata
y que me hiela y juntamente enciende,
libre responde que mi mal no entiende
como quien ya de no pagarme trata.

¡Ay, de mi amor satisfacción ingrata,
pues lo que un monte, un arbol comprehende
niega Lucinda, que mi mal pretende
y la esperanza de mi bien dilata!

Montes que de mi mal testigos fuisteis,
piedras donde lloré, corrientes ríos
que con mis tiernas lágrimas crecisteis,

decidle mis confusos desvaríos,
declaradle mi mal, paredes tristes,
pues alma os dieron los suspiros míos.

VIII

Suelta mi manso, mayoral extraño
pues otro tienes de tu igual decoro,
deja la prenda que en el alma adoro,
perdida por tu bien y por mi daño.

Ponle su esquila de labrado estaño
y no le engañen tus collares de oro;
toma en albricias este blanco toro
que a las primeras yerbas cumple un año.

Si pides señas, tiene el vellocino
pardo, encrespado, y los ojuelos tiene
como durmiendo en regalado sueño.

Si piensas que no soy su dueño, Alcino,
suelta y verásle si a mi choza viene,
que aun tienen sal las manos de su dueño.

IX

Querido manso mío que venistes
por sal mil veces junto aquella roca
y en mi grosera mano vuestra boca
y vuestra lengua de clavel pusistes,

¿por qué montañas ásperas subistes
que tal selvatiquez el alma os toca?
¿qué furia os hizo condición tan loca
que la memoria y la razón perdistes?

Paced la anacardina por que os vuelva
de ese crüel y interesable sueño
y no bebais del agua del olvido.

Aquí está vuestra vega, monte y selva,
yo soy vuestro pastor y vos mi dueño,
vos mi ganado y yo vuestro perdido.

X

¿Cuándo verán mis tristes pensamientos
sereno el sol algún alegre día?
¿Cuándo desta prisión escura y fría
saldrán mis alas a romper los vientos?

¿Cuándo mis ojos a tu cielo atentos
verán la luz que espera el alma mía?
¿Cuando este mar que contrastar porfía
mi nave amansará los movimientos?

¿Cuando podrán mis tristes ojos verte,
¡oh luz del alma en tanto bien perdida!
siendo la estrella que mi noche encierra?

Yo pienso que será cuando la muerte,
rotas las velas de mi triste vida,
la nave esconda en siete pies de tierra.

998

XI

Que otras veces amé negar no puedo
pero entonces amor tomó conmigo
la espada negra como diestro amigo
señalando los golpes en el miedo.

Mas esta vez que batallando quedo,
blanca la espada y cierto el enemigo,
no os espantéis que llore su castigo,
pues al pasado amor amando excedo.

Cuando con armas falsas esgremía
de las heridas truje en el vestido,
sin tocarme en el pecho las señales;

mas en el alma ya, Lucinda mía,
donde mortales en dolor han sido
y en el remedio heridas inmortales.

999

NOTAS DE LECTURA

LILIANA.(A Través de las Estepas)por ENRIQUE SIENKIEWICZ- Nos encontramos ante una novela romántica, novela de amor y de amor desgraciado. El argumento no puede ser más secillo: una caravana de emigrantes se traslada, allá por el año 1850, desde la costa atlantica de la America del norte a la región aurifera de California. La caravana, dos personajes, el jefe ó capitan de la misma y una joven que marcha, sola, para reunirse con su padre enfermo Amor entre ambos, calamidades después, y por último la muerte de ella.

Ha encontrado Sienkiewicz en este sumero argumento tema suficiente para lograr una obra magnifica,principalmente en lo que es un canto a la naturaleza. Pocas regiones de la tierra ofrecen mayor posibilidad para realizar este canto, pues pocas tienen una fauna y una flora tan varia y magnifica como las de America del Norte.

Desde las zonas fértiles, donde se desarrolla una flora exuberante, de las orillas del Missisipi y del Misuri, a las regiones áridas y graniticas delas Montañas Rocosas marcha la caravana y con ella nosotros, siguiendo las descripciones que nos hace Sienkiewicz.

Ejemplos magnificos de estas descripciones los tenemos en los siguientes párrafos: "Declinaba el dia; el tiempo era esplendido, y en el ambiente crepuscular se difundia tanta luz, que toda la estepa, la espesura lejana de los algodonales, los carros del "tabor y las bandadas de ocas silvestres que volaban hacia el norte, atravesando el cielo, aparecian rosados, con reflejos de oro."

"El sol se habia hundido en el ocaso y pronto el crepusculo cubrió toda la región; pero aquellos gigantes, dorados por los postreros destellos, parecian inmensas piramides de carbones encendidos y de lava fulgurante. Aquel rojo candente fué trocándose en un violaceo cada vez más oscuro, y por fin todo desapareció, fundiéndose en la uniforme oscuridad, a través de la cual nos miraban desde lo alto las estrellas, ojos movedizos de la noche."

Los amores de Ralf, el capitán o jefe de la expedición, con Liliana, dentro de este ambiente grandioso, donde la naturaleza se presenta con todo su poder, no podian por menos de ser puros y sencillos. Los sentimientos que se despiertan en el corazón de él, están todos relacionados con el ambiente que los rodea.

"Cuando, fatigado por las exploraciones a los apostaderos, con la voz enronquecida por el continuo gritar "all right", subia por fin a mi carro y, envolviendome en mi piel de búfalo, cerraba los ojos para dormir, pareciame que los mosquitos y los cinifes zumbantes me cuchicheaban al oido su nombre: ¡Liliana! ¡Liliana! ¡Liliana!"

No se busquen complicaciones psicológicas en esta novela, todo es en ella sencillo, de tono menor. Los procesos amorosos se desenvuelven en un ambiente suave y tierno. Esta es la nota sobresaliente de la novela: lo suave y lo tierno;nota que no se pierde ni en la lucha con los indios ni en las penalidades del desierto.

La escena de la boda de los dos amantes es la consagración de esta nota; boda que alcanza en actos diferentes los aspectos que tiene para los católicos el sacramento de matrimonio. En aquel que es un compromiso que se contrae an-

1000

te Dios tiene por fondo a la naturaleza.

"En los desiertos y en las estepas no eran posibles otros desposorios que los del corazón; por tanto, me arrodillé en aquel bosque, y cuando la niña mia se hubo tambien arrodillado junto a mi, dije:

-En presencia del cielo, de la tierra y de Dios, te declaro, Liliana Moris, que te tomo por esposa. Amén.

Y ella añadió:

-Soy tuya para siempre y hasta la muerte; soy tu mujer, Ralf. "

Como acto solemne para conocimiento de los hombres tien por fondo el campamento

"Y para evitar malevolas suposiciones llamé a los compañeros y así que los tuve a todos reunidos formando circulo, entre en el centro con Liliana cogida de la mano y dije con voz grave:

-"Gentlemen" Sed testigos de que en vuestra presencia yo doy a la mujer que aqui veis el nombre de esposa y sedme testigos ante los tribunales, ante la ley y ante quien quiera que en oriente o en occidente por ello os preguntara."

No creo que haya existido boda alguna que haya reunido al mismo tiempo la grandiosidad y sencillez que la que tuvo lugar entre Ralf y Liliana en medio de las estepas americanas.

En resumen, para aquellos que les gusten las novelas románticas, encontraran en esta toda la emoción que busquen.

\- - -

EL ARCHIDIABLO BELFEBOR por NICOLÀS MAQUIAVELO- Entre las obras que siguen la corriente misogina que tan extendida estuvo durante toda la Edad Media, corriente que produjo obras tan admirables como el "Corbaccio" de Bocaccio y el "Corbacho" del arcipreste de Talavera, se encuentra esta novela corta de Nicolás Maquiavelo. Es una sátira contra las mujeres, llevada a cabo dentro de un ambiente pleno de gracia y de humor.

Ante las continuas declaraciones de las almas de los hombres que bajaban al infierno, de que su condenación era debida a sus respectivas mujeres, decidió el Diablo mandar un representante suyo a la tierra, para que le informara. Nombrado el archidiablo Belfebor para tal comisión, inició su presencia en la tierra como caballero, hermoso, de unos treinta años, llamado Rodrigo. Contrajo rapidamente matrimonio con una joven que logró hacerle la vida tan imposible, que tuvo que huir de la ciudad, de sus acreedores y sobre todo de ella. Salvado por un campesino a quien recompensó diciendole que en cuanto supiese que una mujer era poseida por el diablo, era él el que la poseia y que bastaba que se presentara y dijera al oido de la dama:

-Rodrigo, aqui me tienes, conjurote a que cumplas tu promesa.

para que el se marchara. Este poder se lo concedió por veces! pero habiendose presentado un tercero, el Archidiablo se negó a abandonar a la doncella, la hija del rey de Francia, que estaba poseida.

Después de varias conjuros inutiles por parte del campesino, y ante la amenaza del rey de mandarle matar, organizó una misa solemne en la que debia hallarse presente toda la corte, y celebrada la cual, debia comparecer la posesa.

El Archidiablo comunicó al campesino que toda aquella pompa era inutil, que el se encontraba muy bien donde estaba y no pensaba marcharse. En esto empezaron a sonar trompetas, tambores, cimbalos y otros instrumentos . Asombrado Belfefor le preguntó al campesino que a que se debia todo aquel tumulto.

-¡Ay, querido Rodrigo, Dios me perdone Es tú mujer que acab de dar contigo y viene acá para llevarte, -dijo el campesino.

Ante tan gran calamidad Rodrigo lleno de espanto salió huyendo, abandonando a la joven. Asi logró el campesino vencer al Diablo.

He aqui el argumento, ya de por si, lleno de humor, pero los pequeños incidentes, que son los que dan el tono a toda obra literaria, logran que esta novela corta de Maquiavelo, autor del "Principe y de obras tan licenciosas como la "Mandragora", "La Cliria" y "Comedias sin nombres", sea unade las más entretenidas de la literatura universal.

\- - -

INCOMPRENSIÒN por JOSÈ DE LA CUADRA.- Este cuento del escritor ecuatoriano tiene como fondo las relaciones entre marido y mujer. ¿Qué clase de normas de -

ben de ser las que rijan estas relaciones?

Frecuentemente se dan matrimonios que han perdido la armonía por falta de confianza de alguno de los conyuges con respecto al otro. Otro caso, no tan frecuente, de desacuerdo conyugal es el que se produce por haber un exceso de libertad entre los esposos.

Este es el caso que presenta De La Cuadra. Un matrimonio que se desenvolvía con plena felicidad, la perdió por el exceso de libertad que el marido concedió a la mujer.

Esta, enamorada de su marido, llega a perder su cariño al notar que este se despreocupa un poco de ella, que en lugar de acompañarla a fiestas y bailes, la consiente ir sola. Luego un viaje de seis meses, separada del marido que permanece en la casa, y, como resultado, el enfriamiento del matrimonio al regreso.

No hay mujer que al sentirse abandonada no busque un apoyo, una protección Las muejeres prefieren que sus maridos las engañen a que se las considere como seres indiferentes.

Y todos estos procesos de incomprensión, por lo menos en su mayor parte, nacen por pequeñas causas que por el transcurso del tiempo y por el excesivo amor porpio que lleva en sí todo ser humano, se transforman en causas enormes, dificiles de hacer desaparecer despues.

De La Cuadra presenta un plan para solucionarlo, plan que tiene dos faces. La primera, que a mí, como hombre, me parece buena, y que consiste en asentar la autoridad del marido, en hacer bien patente que la voluntad del hombre es la suprema dentro de la vida conyugal, en eso que vulgarmente se llama "atar las riendas cortas". La segunda, fundamentalmente contraria a los fines que se buscan, consiste en preparar una trampa, un lazo, donde se pruebe la fidelidad de la mujer, con la agravante de que aquél que hace de cebo es el amigo íntimo del marido.

Las consecuencias son las lógicas. Al descubrir la mujer la superchería, al ver que han estado jugando con ella, se lanza por el camino que no hubiese seguido si no hubiese existido la farsa.

Como ya he dicho antes, el amor propio en los séres humanos tiene en la mujer un mayor desarrollo que la obliga a realizar algunos actos aun en contra de su propia voluntad. De igual manera que en este cuento de De La Cuadra el amor propio lanza a la mujer a los brazos del amante, en la vida real es origen de la mayor parte de los casos de infidelidad conyugal.

Este cuento, como todos los de este autor, cautiva al lector, tanto por el estilo como por lo bien llevada que está la trama.

José CAMPOS.

001915

001915